

Educar según modelos

Ángel Barahona

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Desde el triste presente

Es un tópico en educación hablar de métodos, objetivos, diseños didácticos, pautas de aprendizaje y otros enseres teóricos. La misma pedagogía ha tomado un cariz muy pragmático: quiere conseguir un desmenuzamiento de los objetivos hasta niveles casi ridículos por impracticables, divididos en destrezas, aprendizajes puntuales, especializados, técnicos, sin plantearse una educación que tome en cuenta las *nuevas circunstancias*, los *nuevos hombres* que se están definiendo. ¿Qué nuevas circunstancias, qué nuevos hombres?

La lucha que han de librar los educandos del futuro se da en condiciones de franca desventaja para ellos, pues nada parece apuntar hacia un modelo personalizado con nombre propio, hacia un «maestro» con quien relacionarse de forma que impregne y contagie cual contrapeso frente al poder seductor que ejercen los medios audiovisuales, no sólo porque éstos menoscaban la dignidad de los teleimitadores, porque exploten comercialmente el dolor ajeno, porque traten a la mujer como un objeto, porque hieran la sensibilidad del menor, que debe ser protegido por la ley (párrafo 4, art. 20 y art. 14 de la Constitución), porque dinamiten la presunción de inocencia, condenando antes de que se dicte sentencia en tantos reality shows, porque campeen a sus anchas contra los derechos de los indefensos, sino también porque con aire prepotente legitiman esas lesiones proponiendo valores sin discusión, o con discusión ligth, o los presentan como absolutos siendo relativos, insignificantes o marginales, porque apoyándose en tópicos como igualdad, democracia y tolerancia exigida,

canonizan a santones de devociones esotéricas, porque, en suma, nos hacen comulgar con ruedas de molino, marcan «nuestros» horarios, imponen «nuestros» criterios, nos ponen las gafas del color que quieren y desvirtúan la realidad mediante tópicos arbitrarios que jamás se replantean: derechos de la mayoría, libertad de expresión, respeto de la diversidad...

Así las cosas, nuestros educandos no encuentran más que respuestas espúreas, inmediatas, que se gastan en poco tiempo. Lo tienen todo y no tienen nada. Sus verdaderos problemas pasan muy por encima de los que le plantea su educación; por ejemplo el simple sentido de la vida, de las cosas que hacen.

Los maestros ya no existen, quedan profesores con los que pasar gran parte de su día, figuras móviles que no dejan huella, no hay «pastores del ser», sólo personajes público-televisivos, tal vez sólo se trate estrellas fugaces que relumbren un momento, pero cuyo vértigo envuelve. El «mea más un buey que cien golondrinas» aplicado a la cotidianidad se traduce en que dice más una rutilante imagen televisiva que mil palabras de un profesor. Los profesores mismos se contemplan más como funcionarios que imparten información con relativas ganas, que como maestros, síntoma inequívoco de sensación de derrota. Y algunos de los que dejan poso, mejor que no lo dejaran porque después hay que llamar al pocero para evacuar la ciénaga: les dijeron «carpe diem», «vive la vida», «esto se acaba, afirmate siempre, no te reprimas, sé crítico sin misericordia», «corre hacia adelante, no mires los cadáveres que dejas detrás de tu insaciable deseo». De lo que no les dio tiempo de advertirles fue de que la vida es

dura, que nuestras frivolidades causan dolor, que el sufrimiento derivado del esfuerzo curte, que el fracaso es eucatastrófico, que se necesita de los demás para vivir, personas a las que tantas veces se ha de perdonar y ser perdonado, con las que hay que colaborar y rehacer lo deshecho, reír y llorar. Entre quienes ejercen de profesores hay quienes «educan» (dejemos el eufemismo por cortesía) propositivamente, diciendo como sin querer: «lo único que cuenta es triunfar», «el poder es apetitoso», «la única fuente de placer», «ser es tener», «piensa en sobrevivir y luego podrás pararte a charlar», «el tiempo de enseñanza es un carrera de obstáculos que hay que salvar», «nadie te va a examinar de ética, es una maría». En suma, lo irónico en esta nueva religión laica es que huye de la realidad proponiendo otra seudomaravillosa que no es sino negra, perversa, porque el rostro de la frustración es irascible, cansino, entra tarde en clase, cualquier incomodidad le exaspera, la desgana desaliñada o el autoritarismo aparentemente atareado —tanto monta—. En fin, por mucho que su mensaje diga que dice, antes de que la lengua despegue aterriza el rostro sobre el espejo del otro diciéndolo todo: ¿merece la pena enseñar? ¿hay algo que enseñar?

2. ¿Qué se enseña realmente y qué es realmente enseñar?

Lo primero: se intenta informar, impartir destrezas prácticas para el futuro —sobre todo los tediosos troncos de las futuras ramas, que luego servirán para encaramarse en los árboles de los diversos poderes—, comunicar algunos contenidos, compartir algunas experiencias... de laboratorio. Y nada más. Luego lo que la oscura cara de la luna nos oculta por un lado nos lo revela por el otro, pues lo que se aprende son hábitos, actitudes, formas, vaguedades, ideas mal cogidas por los pelos cuanto más estridentes y marginales tanto más atractivas. La radicalidad del adolescente y la frustración mayoritaria del docente (sin culpabilizar, pues se trata de víctimas en ambos casos) hace que lo zafio se tome por renovador, lo estrambótico por

verdadero, sin ningún tipo de tamiz crítico. La tradición, lo antiguo, las normas, lo clásico, o lo que es lo mismo: los valores... ¡cosas de *espíritus decadentes!*

«Enseñar», lo segundo, se nos escapa: es más de lo que se dice en los textos, de lo que se lee en los exámenes, de lo que cuentan en casa. Aquí «enseñar», lo que se dice «enseñar», se puede hacer en el Bar que en los papeles, en el estadio, en casa, en los pasillos, entre los amigos, mejor que con el aséptico bolígrafo. La moral entra por los poros, no por la inteligencia; en un mundo violento, competitivo, que rechaza la tradición, que no valora más que el vértigo del futuro y el riesgo, el «busco emociones fuertes»... ¿quién hablaría de moderación, de solidaridad, de valores de convivencia, sin recibir una sonora carcajada en pleno rostro. Sin saber qué dirección es la más conveniente, todas parecen iguales; nos guiamos por el sentimiento del me apetece-no me apetece, me mola-no me mola, me cae bien-no me cae bien, saco-no saco beneficio...

Los medios de masas se han posado en nuestro hombro y, como el loro del pirata, nos susurran día y noche: «Si no disfrutas de *ese* árbol del jardín, como si no disfrutaras de ninguno»; «si no lloras no mamas»; «si no puedes comprarte *eso* no puedes ser normal»; «si accedes a *eso* te catapultas a lo otro», lenguaje subliminal que interiorizamos sin querer, sin ser conscientes: «tanto tienes, tanto aparentas, tanto mientes,... tanto vales». Los medios lo saben, aunque no lo sepan nuestros ministros de educación, que desglosan hiperanalíticamente nuestra conducta sin darse cuenta de que la gran parte de nuestros conocimientos, modos de vida y destrezas son asimiladas por ósmosis y mediante modelos. Quienes planifican el hombre del futuro desde un despacho han dejado la veda abierta a los medios para que sustituyan a la familia y a la escuela y se conviertan ellos en los auténticos transmisores de valores. ¿Qué joven no tiene como meta ser imitador de no se qué ídolo de la TV? No lo confiesa abiertamente, pero lo canta por todos los rincones de sus actitudes, pensamientos íntimos y vestimentas, expectativas, gestos. Y no es la imitación al-

ANALISIS

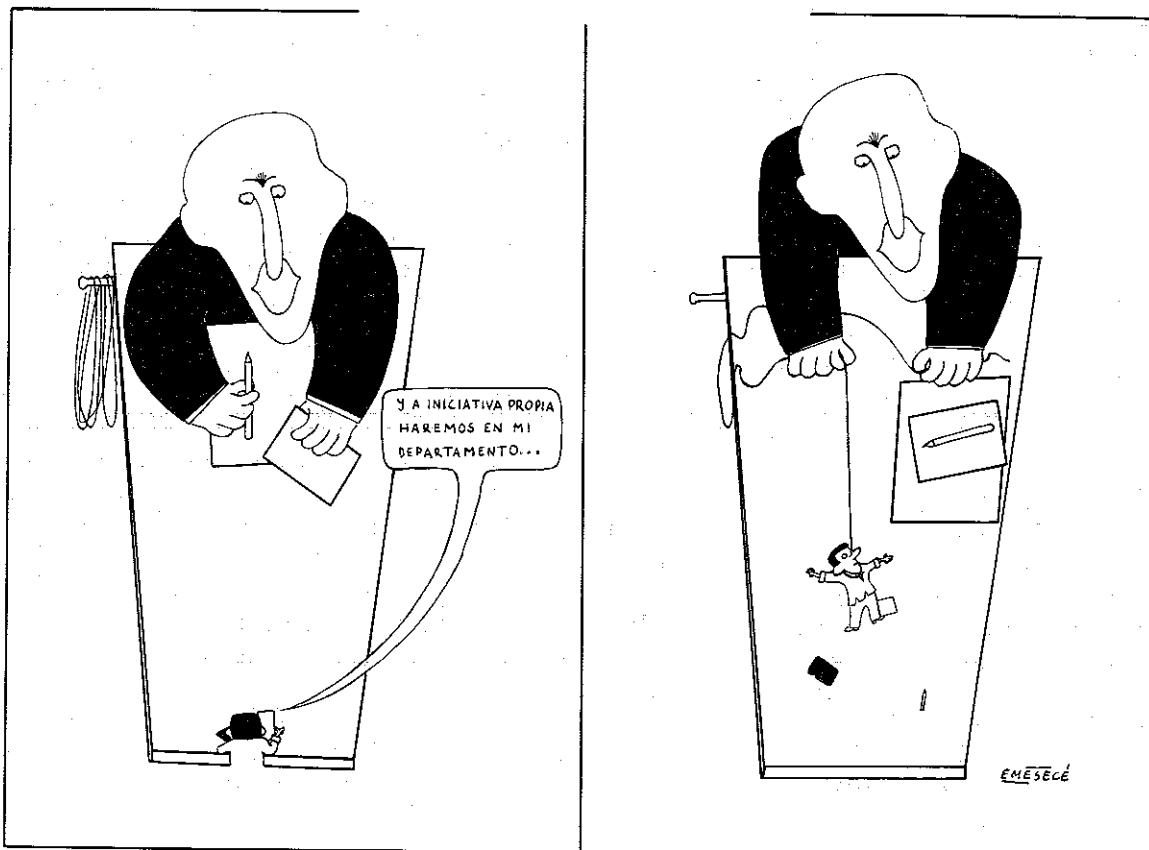
go propio y exclusivo de los adolescentes, sino también la forma de proceder del hombre adulto. La diferencia reside en que el adulto niega esa ligazón porque le avergüenza, porque ha aprendido a disimular, a tamizar con rasgos de originalidad la crasa y humillante imitatividad, y porque es peligrosa: engendra dobles, gemelos, pares en lides que abocan a la rivalidad por una nimiedad; el modelo es a su vez imitador de otro modelo, que a su vez mantiene otro. Pero estamos todos encadenados a repetir, a reproducir el sistema, las pautas que paradójicamente son además nuestro modo natural de supervivencia. No pudiendo admitir sencillamente que somos gregarios, que aprendemos unos de otros de esa forma tan humillante, para ese orgullo vanidoso que nos dice todo el día que somos originales, nos rodeamos de un parapeto de tópicos insostenibles, pero admitidos por consenso tácito, en una al-

dea tan pequeña como este mundo en que todos nos conocemos.

Unos se aferran al tópico del relativismo, la libertad, la tolerancia, todo vale, *laissez faire*, términos que se refuerzan a sí mismos como si unos fueran la explicación y justificación moral de los otros, como si una escalera consistiera en peldaños sucesivos suspendidos en el vacío sin ningún sustento último asentado sobre el suelo firme.

Otros creen que al estar en lo opuesto se encuentran más fundamentados y, entonces, el ondear de su bandera es, como su paso, marcial, firme y seguro: «totalitarismo, razón absoluta, deber, autoridad dogmática y acrítica»...

Otros menos idealistas, más pragmáticos, tienen claro su programa: «éxito caiga quien caiga», la reflexión no debe volver a perder el tiempo con el bien y mal, sino sobre el interés y la utilidad. Soy si tengo: dinero, razones, ar-



gumentos, poder... Ser el primero en todo es el objetivo de la vida: el egoísmo antiservicial su quintaesencia. Dar, compartir, ser generoso, sólo tiene cabida en una inversión estratégico-afectiva y a corto plazo, porque la prisa es el caballo de batalla.

El desfase, el divorcio, entre la realidad y lo representado, entre lo que se nos hace creer y lo que es luego la realidad cotidiana, se expresa mediante la frustración —derivada del fracaso: escolar, profesional, personal, marital, que sobreabundan por doquier— y la esquizofrenia del avestruz o las estrategias de huída: «mata el tiempo antes de que este te mate a ti», «no pienses mucho», «no te comprometas», «no te hagas responsable de nada a no ser que calcules amplios beneficios».

Cantidad de alumnos se repiten a sí mismos: «¡yo quiero ser rico!». Es como decir: mi religión es el culto al dinero, al éxito; mi liturgia, la violencia; mis oraciones, mis cálculos; mis hábitos: la corbata y el bombín; mi sacristía, la universidad; mi casa, un búnquer; mis pasos, con botas de siete leguas y sin mirar jamás atrás, los del ogro que fagocita a los hermanos de Pulgarcito, que, dicho sea de paso, eran pobres como ratas.

3. La necesidad de maestros

¿Cómo re-educar? ¿Cómo dar una nueva oportunidad al hombre? Se hace uno músico tocando el instrumento, desgastándolo. A ser «moral», que es infinitamente más que la ética que se propone en el bachillerato, se llega sobre todo viendo, rozando, «viviendo» a otro como lo es, como lo sabe la más añeja tradición pedagógica: «El pedagogo, en cambio, en tanto que práctico, nos ha exhortado primero a llevar una vida moral, y nos invita ya a poner en práctica nuestros debates dictando los preceptos que deben guardarse intactos y mostrando a los hombres del mañana el ejemplo de quienes antes han errado el camino. Ambos ejemplos (que expone Clemente de Alejandría) son altamente eficaces: uno conduce a la obediencia; es el género perenético; el otro, que reviste la forma de ejemplo, se subdivide a su vez —paralelamente—, en dos modos de proceder: con-

siste en que imitemos el bien y lo elijamos; el otro, en que nos apartemos de los malos ejemplos rechazándolos».¹

La cita no tiene desperdicio: educar en la moral implica partir de un principio básico: no es el relativismo la medida del hombre; el pedagogo «exhorta a poner en práctica inmediatamente lo debatido» pero «dictando los preceptos que deben ser guardados». No se debate sobre lo nuevo que tengamos que crear dadaístamente desde la nada, sino que debatimos sobre lo ya dado, contando con la tradición: dejando la puerta abierta a la libertad y a la singularidad personal, pues como la imitación nunca es perfecta admite quedarse en lo óptimo y deseable, o servir de trampolín.

Pero si dejáramos que nuestros hijos decidiesen lo que les conviene; seguramente aumentaría la mortandad infantil, las enfermedades dentales etc; negarlo sería un rousseauismo ciego, aunque ello esté de moda sobre todo entre quienes no tienen hijos; se comprueba que cuando luego los tienen se hacen herodianos. Es la fábula de las ranas que piden a Júpiter un príncipe que reine sobre ellas, capricho que resulta ser de lo más inútil, y cuya conclusión es aleccionadora: «La mejor manera de castigar a los hombres es darles siempre lo que piden».²

Porque, querámoslo o no, lo que realmente educa es el modelo. El modelo no sólo transmite información: no es lo que «dice» lo que persevera sino lo que «hace». Tal convicción es rara hoy, por ello en *Le Peuple Lycéen*, Gérard Vincent se mueve cual snob en la senda contraria afirmando que la socialización horizontal reemplazará a la vertical: «Los jóvenes no aprenden ya de sus padres sino de sus pares; para ellos el trabajo es remplazado por la fiesta. La represión educativa debe desaparecer gracias a una descolonización completa de la infancia. La opresión de los adultos es su autoridad. Es esta autoridad la que es necesario destruir».³

Ahí queda eso. No. Hacen falta modelos, sin que por ello hayan de resultar impositivos: «Redimir desde fuera es siempre colonizar».⁴ Los que se yerguen, en aras del relativismo, como auténticos maestros multiculturales, no resul-

tan ser más que palafraneros de la desorientación, del caos nihilista, que a los sensibles e impresionables espíritus juveniles deja desnudos, expuestos a morir en la intempestiva intemperie de las ofertas de este mundo. «La única educación posible será aquella que sea capaz de promover una nueva sociedad... No basta con saber para educar; hay que amar, sólo quien ama comparte y está dispuesto a descender para que todos asciendan».⁵ El modelo ha de hacer una *kénosis*, ese descendimiento que da la vida por el otro; por eso la educación se sabe donde empieza pero nunca cuando termina. El modelo asume que su vida ya no le pertenece desde el momento en que acepta ser maestro; si uno quiere conservar parcelas de su vida se arriesga a no ser más que un mero informador; si su vida merece la pena es porque otro pueda seguir sus pasos, y porque darlos le va a suponer al otro ascender, encontrar la alegría de saber y de vivir.

No decimos nada que no lo hayan vivido otros, no somos más que una copia de lo que hemos visto, pero siempre nueva, siempre inédita, siempre única porque la vida de cada uno es única e irrepetible, pero los modos son los del único maestro. ¿Quién es ese maestro único, el verdadero educador?: «El educador ama al prójimo como a sí mismo. No tendrá dobleces. Toda su vida consistirá en un servicio permanente. Está siempre de guardia. Enseña a liberar, a vivir». Yo sólo conozco uno que haya vivido y enseñado así, y luego unos pocos, por participación del modelo, me han renovado las esperanzas de que haya muchos, y, por último, de que tu y yo podamos ser uno de ellos.

En todos los lugares donde se ama la enseñanza encontramos el mismo discurso: la *Mishná* se aprende por repetición. Es más, para el judaísmo, pueblo de la escucha, del *shemá* («escucha Israel»), es un mandamiento divino. Sólo se salva, solo es hombre, quien sabe escuchar: cuando un enfermo empieza a escuchar, desde ese momento, ya está medio curado. El que tiene el oído abierto puede entrar en el otro, en sí mismo, empezar a hacerse la luz en él, a andar por el camino de la sabiduría.

Es verdad que si la sabiduría entra por el oí-

do, la educación, la práctica de esa sabiduría penetra por el corazón; lo ideal será conseguir la conjunción de ambos receptores: «La sabiduría de Salomón consiste en no pedir una larga vida, riqueza o la vida de sus enemigos, sino *un corazón capaz de oír* (1ª Re 3, 9-12). El corazón es sabio e instruido precisamente en cuanto dispuesto a oír. Ello lo capacita para la árdua tarea de regir rectamente un pueblo grande y difícil, y para distinguir «entre lo bueno y lo malo». Su «corazón» gana así al mismo tiempo la «amplitud» con que abarca todos los fenómenos del mundo» (1ª Re 5, 9-14). Es muy frecuente el uso conjunto de oído y corazón, 6 pues en él el corazón realiza el «conocimiento». Abrirle todo su corazón (Jc 6, 15) significa: comunicarle (Sansón a Dalila) todo su saber. Es más, en la Escritura, «corazón puede traducirse por razón»^{7,8}.

Los escritos jasídicos de Buber y los rabínicos afirman que quien mejores frutos extrae de esa relación didáctica es quien imita la vida y obras del maestro. Esto es lo que encontramos también en S. Pablo: 2ª Ts 3, 7: «Ya sabéis vosotros cómo debéis imitarnos, pues estando entre vosotros no vivimos desordenadamente, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno de vosotros. No porque tengamos derecho sino por daros en nosotros un modelo que imitar». No es un exceso de vanidad lo que hace a Pablo proponerse como modelo a imitar: imitando a Pablo (1 Co 4, 16; Ga 4, 12; Flp 3, 17) los imitadores imitarán al mismo Cristo (1 Ts 1, 6; Flp 2, 5; cf. Mt 16, 24; Jn 13, 15; 1 P 2, 21; 1 Jn 2, 6) a quien él imita a su vez (1 Co 11, 1). Es decir, el modelo, punto de partida, es Dios (Ef 5, 1; cf. Mt 5, 48), a través de él se hace posible imitarse unos a otros (1 Ts 1, 7; 2 14; Hb 6, 12), porque esta comunidad de vida se mantiene por imitación, se apoya en el «modelo de la doctrina», Rm 6, 17, recibido por «tradición»; v. 6; 1 Co 11; 2 +; 1 Ts 2, 13 +. Los que van por delante transmitiéndola como maestros, o apóstoles, deben ser ellos mismos modelos, v. 9; Flp 3, 17; 4, 8-9; 1 Tm 1, 16; 4, 12; Tt 2, 7; 1 P 5, 3, cuya fe y vida se imitan, Hb 13, 7; Rm 6, 19.

La mimesis es positiva si el modelo es liberador: es decir, que cuanto más te acercas a él más cerca estás de tí mismo, más te conoces. Cuanto más te pareces más distinto te ves. Pero ¡cuántas veces algunos imitadores se escandalizan del maestro porque, al acercarse para imitarle, descubren que es precario e imperfecto! (tantas vocaciones frustradas en la adolescencia, cuando el radical muchacho descubre que su maestro, director espiritual, o padre no es perfecto). El rechazo de la cadena de imitaciones descubre la herrumbre de algún eslabón sin reparar en la propia, lo cual es causado por un mal presupuesto en la dinámica mimética: el modelo es un espejo que refleja la verdad que yo quiero ver, pero si se mira detrás del espejo se observa la opacidad del plomo que hace posible ese reflejo, lo que el modelo verdaderamente es; el imitador ha de ser consciente de la necesidad de lo opaco, para que se refleje la luz.

Este modelo no se idealiza ni «idoliza», no se espera de él más que lo que es, y por eso precisamente se da una evolución a mejor. San Agustín recrimina a los malos pastores que dicen «haced lo que ellos dicen, no hagáis lo que ellos hacen». ¡Cuánto mejor si hacen lo que dicen!, no hay vanidad en ellos cuando se nos autoproponen como tales, sino una buena y fiel copia del modelo. Acercarse a la luz es descubrir lo oscuro y sucio que hay en uno mismo. Cuanto más te acercas más ves lo que no te gusta, pero más descubres la afabilidad de la luz que no rechaza lo que ilumina; si te sigues acercando, al final, todo es luz y ya no hay mancha alguna. Lo mismo sucede con el amor, con la educación, que en el fondo no es más que un aspecto del amor. Cuanto más eres amado, más descubres que el amor que se te profesa es gratuito, pues más deudas contraes con ese amor que no rehusa acercarse, cuantas más decepciones causas a ese amor más te sientes querido, y así sucesivamente. Cuanta más educación-imitación recibes, más te pareces al modelo; cuanto más te pareces a él, más recibes de esa relación (ya que si le imitas es por su originalidad y libertad), paradójicamente cuanto más distinto más cercano.

4. Para la libertad

Claro está, si el modelo no es un ególatra posesivo y celoso. Porque la Bestia quiere ser adorada e imita pírricamente al modelo, para derivar hacia sí misma la imitación de otros de ese modelo, pues busca los mismos éxitos y reconocimientos. La diferencia es que, en vez de liberar, se apropia hasta de los deseos de los imitadores. Ap 13, 13-14:

v. 3b... «entonces la tierra entera *siguió maravillada* a la Bestia»... v. 13-14. «Realiza grandes señales, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra; y *seduce* a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una *imagen* en honor de la Bestia que, teniendo la herida de la espada, revivió».

Los malos maestros buscan la adoración anonadante del discípulo, le aniquilan con su ego, le seducen, anulan su voluntad, y el seguimiento se convierte en un repetir teledirigido sus pasos. Babea a su paso, sin saber cuán pronto serán usados como marionetas y despedidos con una palmada en la espalda, ante el siguiente heredero en el turno de la adoración, pues ésta necesita ser renovada con caras nuevas. El mal modelo-maestro es insaciable a los halagos.

La educación de la conducta de un individuo es según modelos o no es más que información. La elección del modelo —maestro a la vieja usanza— debe ser un acto de libertad no conculcable. ¿En qué fase del proceso pedagógico se realiza? Por lo que sabemos, la adolescencia es el momento más importante para esta adopción. Resulta importante seguir de cerca a nuestros menores en sus relaciones y actitudes, en sus horas de televisión, para poderles ayudar a una buena elección según criterios basados en la liberación, donación, capacidad de diálogo, y la sabiduría del maestro (aunque tantas veces esa elección no siga a un proceso reflexivo, o baste que sea sugerida para que sea rechazada). La formación de la personalidad requiere una ayuda exterior, el modelo canaliza deseos, actitudes, ansias, formas, es un verdadero pastor que señala los futuros

pastos con autoridad. Que sea más importante hacer, y el cómo se haga, que decir; que sea vital mantener la coherencia en las actitudes por encima incluso de los errores, aun contando con esos errores (para no dar una doble información contradictoria del tipo ímitame-no me imites, que dice Battenon); que sea vital pedir perdón, reconocer fallos, aceptar fracasos sin dramatismos, amar al que te hace daño, levantarse una y otra vez como el ave Fenix: así nos haremos personas unos a otros. La imitación no será deshonrosa copia sino incentivo liberador, personificador. Sin caer en el providencialismo (llámese casualidad, azar, o premeditación) es un *don maravilloso* encontrar buenos modelos. El único obstáculo para no encontrarlos es la soberbia, y su fruto una horrible soledad. **A**

Notas

1. Clemente de Alejandría, *El pedagogo*, Biblioteca Básica, ED. Gredos, 1988, Madrid, p.43.
2. R. Girard, *El misterio de nuestro mundo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982, p. 324.
3. Art. Lúentrée dans la vie, In J. Lacroix, *Le désir et les désirs*. Paris. P.U.F., 1975, p. 125.
4. C. Díaz, *El oficio de maestro*, Ed. Narce, Madrid, 1981, p.27.
5. p. 30, o.c. C. Díaz.
6. Dt 29, 3; Is 6, 10; 32, 35; Jer 11, 8; Ez 3, 10; 40, 5; 44, 5; Prv 2, 2; 22, 17; 23, 12.
7. Qoh 10, 2; Prv 19, 8; Jb 12, 3.
8. Hans Walter Wolf, *Antropología del Antiguo Testamento*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1975, pp. 72, 73, 75, 77.